



## ***Un (casi) Nadal de los noventa***

artículo publicado en la ***Historia de la Democracia*** dirigida por Victoria Prego, tomo correspondiente al año 94 (octubre 2008).

“Oscuros y gloriosos noventa

Consideraba Pío Baroja que la época más determinante en la vida de un hombre es entre los dieciocho y los veintitrés años. Eso se entiende porque, cuando uno es joven, la realidad se vive muy intensamente. Es cuando se sale más, cuando se tiene más tiempo libre, antes de que se impongan las obligaciones de la vida adulta. Cuando todavía se está inserto en la familia de origen. Y cuando, a la par que se va forjando el círculo de afinidades electivas, aún se mantienen las amistades de la infancia y del colegio. Uno suele tener un círculo social muy amplio y heterogéneo. Además, los jóvenes son auténticas esponjas, que viven en una relación de ósmosis absoluta con la realidad.

Yo tenía dieciocho años en el año 89 y pillé, de alguna manera, el final de aquel movimiento libertario y provinciano que dio en llamarse Movida. Fue entonces cuando empecé a salir «en serio» y a frecuentar algunos de los ambientes nocturnos que después reflejaría en mis novelas. Con mi grupo de amigos rondábamos por los alrededores de la plaza de Chueca, que todavía no se había convertido en el barrio rosa y chic que es en la actualidad, sino que era, literalmente, un campo de jeringuillas. Íbamos, en concreto, a un local que se llamaba el Jam. El sitio estaba lleno de mods, auténticos mods, con sus parkas, que dejaban a la puerta sus Lambrettas, las famosas motocicletas, cubiertas de espejos. Aquello era como Quadrophenia, solo que con veinte años de retraso. La Movida siempre tuvo un encanto algo retro.

Y de repente, con los noventa, empezaron las convulsiones. Fue un momento de gran excitación creativa. Hubo una eclosión artística extraordinaria. En la música, surgieron grupos, como los Sonic Youth o los Nirvana, que empezaron a renovar el rock. Vivimos la irrupción del tecno. A



nivel nacional comenzaron a aparecer bandas indies hasta debajo de las piedras. Gente como Los Planetas, Patrullero Mancuso, Australian Blonde, El Inquilino Comunista. Grupos que grababan sus discos en sellos como Subterfuge o Elefant. En las salas de arte y ensayo se proyectaban las primeras películas del cine independiente norteamericano. Los Tarantino, los Hal Hartley. Y a nivel nacional se estrenaban las óperas primas de directores como Álex de la Iglesia, Julio Médem, Iciar Bollaín, Daniel Calparsoro, que eran a cual más sorprendente. He leído a Boyero hablar de este periodo como la Edad de Plata del cine español, y creo que tiene razón: fueron unos años durante los que realmente íbamos a ver cine peninsular. La sempiterna crisis del cine español parecía, definitivamente, cosa del pasado.

Por otra parte, políticamente asistimos al fin de los gobiernos socialistas de Felipe González. Desayunábamos casi a diario con un nuevo escándalo –servido por lo general por el diario El Mundo, que entonces tenía un aura de verdad absoluta–, y aquello generó una pérdida de confianza en las instituciones y un enorme desapego de la política. O por decirlo con más pedantería: una pérdida de ese espíritu de ciudadanía que se había mantenido en alza durante todo el proceso de la Transición y que por primera vez se venía abajo en picado. Eso explica la sensibilidad ácrata noventera, tan presente en Historias del Kronen y en otros textos de la década. No es baladí que la época fuera un caldo de cultivo excelente para la novela negra, a la que se han acabado dedicando muchos de mis coetáneos.

Fue como una nueva movida, con algunas diferencias sustanciales con respecto a los ochenta. Por ejemplo, un incremento notable de la agresividad. La imagen que yo tengo de la movida ochentera es la de una historia de artistas y culturetas treintañeros, con un buen rollito muy cool, conviviendo en un número limitado de locales selectos. Los noventa, en cambio, fue el momento del auge de las macrodiscotecas y la masificación de la noche. El público era cada vez más joven, y las drogas y la música cada vez más violentas. Aparecieron en escena los pastilleros, los bakalas y volcadores y el «chunta-chunta» implacable del tecno más radical.

Fue un época extremadamente interesante, a la que todavía, pienso, no se le ha prestado toda la atención que merece. ¿Por qué? Entre otras



cosas seguramente porque la crisis política del momento acaparó toda la atención mediática, oscureciendo lo sucedido en el ámbito cultural. Esa, al menos, es mi opinión. Porque, enseguida, nada más clausurarse los Juegos Olímpicos, llegaron los escándalos que empezaron a hacer tambalear el edificio institucional socialista, preparando la llegada de Aznar en el 96. De esto sabe mucha gente más que yo. Pero me permito citar, a modo de somera ilustración en clave paródica de la época, la introducción que coescribí para una serie pulp ambientada en los años noventa titulada El Hombre de los Veintiún Dedos:

Tras los felices ochenta, comenzó una década oscura. Los íberos vivieron enfebrecidos el clímax histórico-festivo de la Expo Universal y las Olimpiadas Catalanas. Entraban en los noventa cargados de medallas, cocaína, convicciones democráticas y dinamismo empresarial. Por fin podían olvidar sus raíces africanas; por fin eran EUROPEOS.

La resaca fue terrible. Tras el magnífico 92 se sucedieron los escándalos gubernamentales. Los indígenas descubrieron aterrorizados que su país había estado regido desde la sombra por un enigmático Señor X. Que la generación que habría podido sacarles de las sombras del franquismo había hundido el Spanish Dream, esa inexistente Transición, hipotecando definitivamente su futuro. Mientras las instituciones defendían lo indefendible, una juventud abducida por la electrónica se abandonó a un infierno hedonista de tapones blancos, de Panorámix, de Smileys. La nación entera pegaba botes sobre el volcán, al tiempo que el ejemplo de Kurt Cobain llevaba un Astra a cientos de ávidas bocas adolescentes. Cual el Chicago de los años 20, fue esta una época sin ley marcada por hombres duros y violentos. Esta es su historia y la historia del héroe que socavó desde sus alcantarillas los fundamentos del Nuevo Orden: el legendario Veintiún Dedos.

Quitemos el humor, y así percibí los noventa.

Hoy estamos a punto de cerrar los dos mil y cuando echo la vista atrás, no lamento nada de lo que pude decir y pensar entonces. Uno pertenece a la época en la que fue joven. Y yo seguiré siendo, hasta el día en que me muera, noventero hasta la médula.”